

Shimon Márkish

El ejemplo de
Vasili Grossman

Traducción de
Manuel Ángel Chica Benayas

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2024

Título original: Пример Василия Гроссмана (1985)

© de la traducción, Manuel Ángel Chica Benayas, 2024

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2024**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-126572-7-2

Depósito legal: B 13741-2024

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Dos observaciones preliminares

En primer lugar, quisiera expresar mi profunda gratitud a los amigos y colegas que leyeron el manuscrito de este ensayo sobre Vasili Grossman y cuyos consejos resultaron con frecuencia inestimables: Raísa Orlova-Kópeleva y Lev Kópelev (Colonia), Yefim Etkind (París), Georges Nivat (Alta Saboya-Ginebra), Felix Ingold (Zúrich), Jon Shmeruk (Jerusalén). Las referencias bibliográficas que amablemente ha puesto a mi disposición Mark Kipnis (Jerusalén) facilitaron enormemente mi trabajo.

En segundo lugar, ruego encarecidamente a los lectores que consideren las notas como parte integrante y absolutamente indispensable del ensayo. No considero prescindible el material recogido y presentado en las notas, sino que tiene el mismo valor que aquel que se encuentra en el cuerpo del texto.

La utilidad de un ejemplo parece estar determinada por su carácter instructivo, su aplicabilidad a la experiencia y por el interés de aquellos a quienes va dirigido.

La vida y la obra del escritor soviético Vasili Grossman, cuyo nombre ha caído casi en el olvido hoy día en su país y que antes no era conocido en absoluto fuera de la Unión Soviética, son de veras instructivas para gente de muy diferente

naturaleza. A principios de los años treinta debutó como representante inconformista de su generación literaria, de sus creencias y prácticas políticas y estéticas y se convirtió en el primer auténtico disidente de la literatura soviética al escribir su novela *Vida y destino* (terminada en 1960, publicada en ruso en Lausana en 1980 y traducida al francés, al alemán, al italiano, al inglés y al sueco), una concepción historiosófica y artística completamente opuesta a la ideología oficial con todos sus dogmas y mitologemas. Su trayectoria como escritor está marcada no sólo por los honores y la riqueza al principio y la desgracia y la pobreza al final, sino también por circunstancias excepcionales o, en todo caso, sin precedentes hasta entonces: el manuscrito de la novela fue secuestrado por considerarse peligrosamente sedicioso, pero el sedicioso permaneció en libertad y siguió publicando, tanto en los pocos años que le quedaban de vida como póstumamente. En 1970, seis años después de la muerte de Grossman, se publicó en Occidente la novela *Todo fluye*, escrita al mismo tiempo que *Vida y destino* y que juzga la revolución, sus frutos y raíces y a sus ideólogos, Lenin y Stalin, con la misma (si no más) dureza y libertad. Antes velado, su pensamiento contestatario se hizo totalmente explícito, pero ni siquiera entonces el nombre de Vasili Grossman desapareció del todo de las portadas de los libros y de las páginas de periódicos y revistas, aunque Grossman, gracias a su cruel denuncia de la revolución y del régimen que esta creó, sólo puede compararse a Solzhenitsyn.

¿Cómo es esto posible? ¿Un error de los líderes ideológicos o una decisión pensada y oportunamente tomada? ¿Cómo pudieron salir a la luz los manuscritos de un autor que, aparentemente, no tenía contactos con el extranjero y que, a juz-

gar por los recuerdos de amigos y conocidos,¹ temía tales contactos? ¿Cómo, por qué, en qué plazo de tiempo se produjo esta metamorfosis, la transformación de un revolucionario convencido y un fiel y decidido defensor del régimen nacido de la revolución en un contrarrevolucionario y consecuente opositor del poder soviético? ¿Cuál es la conexión interna entre la segunda y clandestina parte de la biología, *Vida y destino*, y su primera parte, la novela *Por una causa justa*, publicada en la revista *Nóvy Mir* entre julio y octubre de 1952 y ensalzada primero con entusiasmo como un ejemplo del realismo socialista con una prosa combativa, pero declarada poco después un ataque enemigo, un sabotaje ideológico? ¿Existe alguna relación entre el Grossman considerado oficial en la Unión Soviética, tanto antes como después de la guerra, y el autor de las mencionadas novelas publicadas en Occidente?

Todas estas cuestiones y muchas más se las preguntarán, sin duda, las personas interesadas, por su profesión o su curiosidad, en la sociedad soviética, su cultura, su historia, su psicología social y su psicología artística. Las respuestas, aunque sean meras hipótesis, serán, sin duda alguna, considerablemente instructivas.

Entre los numerosos temas que integran el ejemplo de Vasili Grossman, hay uno que quizá no sea el principal, pero sí uno de los más importantes y el que más interesa al autor de estas líneas. El tema judío.

1. Natalia Roskina habla de ello en la prensa. Véase Natalia Roskina, *Chetyre glávy (Cuatro capítulos)*, París, YMCA-Press, 1980, pp. 122-124.

Ya desde finales del siglo pasado los judíos comenzaron a hacerse un hueco en la literatura rusa. Su afluencia se hizo masiva tras la revolución. Hoy, al menos un tercio de la sección moscovita de la Unión de Escritores es de origen judío.

Una vez más hay, como poco, dos visiones con respecto a este fenómeno: una interna, es decir, la de los judíos que se hicieron y continúan haciéndose hueco; y otra externa, la autóctona, la rusa. Esta última fluctúa, dentro de límites bastante amplios, entre dos posiciones: la que afirma que la invasión judía ha arruinado la literatura rusa y la que piensa que la llegada de nuevas fuerzas (tramas, ideas, etc.) es positiva. Un repaso a las respectivas posiciones, empezando por la prensa conservadora y liberal de los años 1900 y 1910 y terminando por la de nuestros días (en *samizdat*² o en ediciones extranjeras) sería también muy instructivo.

Pero al autor de estas líneas le interesa sobre todo una mirada desde el interior. Cualquier judío de nacimiento que haya estado vinculado a la literatura rusa, en la mayoría de los casos (hablamos de la época posrevolucionaria) se ha sentido un escritor total y completamente ruso, en absoluto diferente a otros escritores rusos. Bábel, con su conciencia judía, fue la excepción. Kaverin, Dolmatovski, Bezymenski o Kron, sin importar su grado de talento o de fama, pueden considerarse la norma. Si alguno rememoraba de vez en cuando esa sociedad, ese mundo del que procedía, era por medio de una estilización, de un exótico «sabor local» con el que tal escritor, a diferencia de Bábel, no se identificaba, pues lo contemplaba

2. Literalmente «autoedición». El término se extiende también a la edición clandestina. (*N. del T.*)

desde fuera, desde el lado ruso. La guerra y la muerte de seis millones de judíos que la acompañó revivieron el sentimiento de pertenencia a un pueblo mártir hasta tal punto que ese sentimiento se abrió camino en la literatura rusa en lugares a menudo inesperados. Podemos, por ejemplo, citar a Pável Antokolski y a Margarita Aliguer. Pero para ese momento, 1946, la ideología de partido y de Estado ya había pasado del internacionalismo al chovinismo, expresado abiertamente en la «lucha contra lo extranjero y contra el servilismo ante Occidente», y después, a partir de 1949, en una campaña anticósmopolita. Lo que oficialmente se llamó «patriotismo soviético» era, en realidad, chovinismo ruso. El maniqueísmo de toda ideología totalitaria produce invariablemente un símbolo específico que se opone a este ideal. Y este *antiideal* se convirtió, de forma lógica y juiciosa y de acuerdo con la tradición histórica, en la autoconciencia judía en todas sus formas y manifestaciones. La represión hizo entrar rápidamente en razón a los más imprudentes e insensatos. El despertar del sentimiento de solidaridad judía fue silenciado o escondido en los pliegues de la conciencia.

En la historiografía soviética existe la expresión «el año de la Gran Ruptura». Así denominó Stalin el año 1929 en un artículo publicado en el duodécimo aniversario de la Revolución de Octubre. Esta expresión es justa y hace honor a la verdad (independientemente del falso contenido del que Stalin la dotó). Fue precisamente en 1929 cuando se destruyó la columna vertebral de la revolución, del Partido, del campesinado y de toda la vida del Estado y de la sociedad que apenas comenzaba a reconstruirse sobre las ruinas del pasado. Por precaria, austera e injusta que fuera esa nueva vida, la noví-

sima con que la Gran Ruptura la sustituyó resultó ser una superinnovación: el primer sistema totalitario en la historia europea.

Del mismo modo, 1953 también hay que considerarlo el año de otra Gran Ruptura. La muerte de Stalin destruyó la columna vertebral de la versión soviética del totalitarismo. Por más miserable y monstruosa que pueda parecernos la vida en la Unión Soviética actual; por más temible y hostil que pueda parecernos la agresividad soviética, el expansionismo, la gerontocracia, la desigualdad material y social, el sistema de privilegios, el control policial, la represión, etcétera, etcétera, es descabellado e incluso peligroso ignorar la diferencia entre la Rusia de Gorbachov y la de Stalin, una Rusia que ha evolucionado y se ha transformado a lo largo de los últimos treinta años. Quizás el más importante de los cambios sea la violación de esa uniformidad existente en todo lo que formaba parte del *símbolo de fe* del orden totalitario de las cosas y que se denominaba oficialmente «unidad política y moral de la sociedad soviética». La masa amorfa en la que un régimen totalitario convierte a la sociedad ha comenzado a cristalizar de nuevo, aunque han aparecido, si no los gérmenes del pluralismo en el sentido occidental, sí al menos la posibilidad de disentir ante la «única y verdadera» enseñanza del Partido.

En estas condiciones se puso a prueba la autoconciencia de los judíos soviéticos, cuyo grupo más conocido es el más visible: la emigración. En cuanto a los escritores, si bien los polos opuestos permanecieron inamovibles, aumentó el número de posiciones intermedias y se acentuaron la amargura y la crudeza de las reacciones. A este respecto, los versos de Borís Slutski, que aparecieron en *samizdat* en algún lugar a

mediados de los años sesenta y que, al parecer, todavía no se han editado, son muy reveladores:

Uriel da Costa

*Maduro, o envejezco,
y contemplo al judío que hay en mí.*

*Pensé que lo logré,
pensé que me abrí paso,
pero no lo logré, sólo quedé destrozado,
ni tampoco me abrí paso, sino que me excedí.*

*No leo de izquierda a derecha,
sino como un judío: de derecha a izquierda.
Soñé una inmensa gloria
pero desencadené una inmensa cólera.*

*Yo, que di un paso tras otro
hacia la nacionalidad o la ciudadanía,
vuelvo a mi patria sin tierra,
vuelvo desde cualquier punto al infinito.*

La generación anterior a la guerra desconocía esta amargura por el rechazo, por la exclusión.

El mismo Borís Slutski sirve también de ejemplo en otro asunto. Su vivo interés por los problemas de los judíos, por la tragedia judía, por la falta de derechos de los judíos en la Rusia estalinista y posestalinita está fuera de toda duda: su ciclo *Poemas judíos*, publicado en *samizdat* y editado parcialmente

en Occidente, es muy famoso. Pero como poeta ruso-judío casi nunca se funde ni coincide con el poeta ruso Slutski, célebre y editado, ni tampoco con el tan conocido Slutski de las publicaciones antiestalinistas en *samizdat* por aquella época. La visión binocular de Bábel³ (judío y ruso-soviético al mismo tiempo y a partes iguales) fue sustituida por otra dual.⁴ Con Slutski no hay peligro, lo judío y lo ruso caminan en paralelo y no se molestan mutuamente. Con muchos otros, esta división conduce al odio hacia sí mismo y hacia los demás o a histéricos juramentos de lealtad eterna a Rusia. Esto se observa muy claramente entre los emigrantes de la última ola.

Volvamos, sin embargo, al ejemplo de Vasili Grossman. El camino de este escritor en el contexto ruso-judío antes mencionado resulta ser, en un examen más detallado, un modelo a través del cual pueden trazarse muchos otros caminos y destinos. Es precisamente con este enfoque y, sobre todo, desde este punto de vista, que está escrito este ensayo.

3. Véase al respecto mi artículo «Russko-yevréivskaia literatura i Isaak Bábel» («La literatura ruso-judía e Isaak Bábel») en el libro: Isaak Bábel, *Detstvo i drugúie rasskázy* (*Infancia y otros relatos*), Jerusalén, Biblioteca Alia, 1979, p. 319 y siguientes. Traducción inglesa en la revista *Commentary*, noviembre de 1977. Traducción al francés en la revista *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, 1977, n.ºs 1 y 2.

4. Véase, por ejemplo, la novela del moscovita Félix Svetov, *Otverzí mi dveri* (*Ábreme las puertas*), París, Les Éditeurs Réunis, 1978; y los poemas del emigrado Yuri Ioffe del ciclo «Vne Rossii» («Fuera de Rusia»), que aparecen periódicamente en varias revistas.